

y tenían la misma antipatía contra los calvinistas que los católicos, rehusaron prestar su apoyo á la liga que se dividió entonces. Temiendo Guillermo la pena en que había incurrido por su rebelion, pensó fugarse, llevando en pos al conde de Egmont; pero éste por temor de que se le confiscasen sus bienes, prefirió intentar reconciliarse con el soberano. «Adios, pues, principe sin tierras,» dijo Egmont á Guillermo de Nassau. «Quedaos con Dios, conde sin cabeza,» respondió el principe, y se separaron. El duque de Alba vino á justificar estos funestos agüeros (1).

Mientras que acontecia esto en los Países Bajos, se representaba en el interior del palacio de Felipe II un drama misterioso y terrible, cuyo desenlace no se ha aclarado jamás. Felipe había tenido de su primera muger Maria de Portugal, un hijollamado Carlos. Este principe dió á los diez y siete años una caída que habiendo alterado momentáneamente su razon, había dejado en ella huellas funestas: mas tarde pudo apenas contener sus pasiones que se hicieron mas violentas con la edad. Carlos cometió la imprudencia de manifestar en voz alta una compasion demasiado simpática por los insurgentes de los Países Bajos. Algunos historiadores, como Gregorio Leti y Vander Hammer, añaden que osó mirar con ojos criminales á Isabel de Francia, su madre política, pero esta asercion no ha sido acogida por Ferreras ni otros autores (2). Lo cierto es que don Carlos escitó

(1) Cabrera.—Meteren.—Herrerías.—De Thou.

(2) Esta princesa había sido solicitada antes de su matrimonio por el infante don Carlos: pero habiendo enviudado su padre de Maria de Inglaterra algunos meses antes del tratado de Cateau-Cambresis, pidió para sí la mano de Isabel y se casó con ella. Brantome dice sobre este particular: «Yo he

el resentimiento del rey, quien dió orden de arrestarle en el momento en que se preparaba para pasar á los Países Bajos. Felipe aunque no tenía mas hijo varon que este, quiso que se le constituyese en prision y se instruyera su proceso. Muchos historiadores (1) han referido que se condujo respecto á su hijo con gran moderacion, y disculpan tambien á este monarca de la odiosidad que sus detractores han hecho recaer sobre él en este asunto. Sin embargo, no se puede negar que la prision de don Carlos, por merecida que éste era una medida rigurosa y poco á propósito para atraer á un hijo á mejores sentimientos. El jóven principe cayó en accesos de frenesí cada vez mas espantosos, que destruyeron su salud, y murió el 24 de julio de 1568.

En el momento que se esparció esta noticia en Alemania, los sublevados acusaron á Felipe de asesino. Su carácter inexorable era propio para acreditar semejantes clamores entre ánimos prevenidos contra él, y esto sirvió de nuevo pábulo á la insurreccion, reanimada por el suplicio de los condes de Horn y de Egmont, ejecutados en Bruselas un mes antes. El duque de Alba se veía cada dia mas desau-

oído contar á una de las damas, que la primera vez que ella (Isabel de Francia) vió á su marido, se puso á contemplarle tan fijamente, que no pareciéndole bien al rey, le preguntó: «¿Mirais si tengo los cabellos blancos?»

Esta princesa, á pesar de sus penas interiores, conservó su virtud y murió de sobreparto el 3 de octubre de 1568, dejando dos hijas de su matrimonio con Felipe II: una Isabel Clara Eugenia, muger del archiduque Alberto que gobernó los Países Bajos, y la otra Catalina, muger de Carlos Manuel, duque de Saboya.

(1) Cabrera.—Vander Hammer.—Herrera.—Juan Lopez.—Ferreras, y el mismo Gregorio Leti, aunque enemigo de Felipe II, como historiador protestante.

torizado, costándole gran trabajo reprimir las osadas empresas del príncipe de Orange, á quien sus triunfos le habian hecho obtener el mando en jefe del partido protestante de las Provincias Unidas.

Al mismo tiempo hacia Felipe comprender á sus vasallos católicos de España, que debian tambien sujetarse sin reclamaciones á su despótico yugo. Los castellanos estaban cansados de aprontar enormes subsidios para sostener los secretos é innumerables artificios de su política estrangera, y para conservar bajo el pie de guerra ejércitos considerables destinados á afirmar su autoridad vacilante en muchas partes de su vasto imperio. Entonces comenzaron á notar en sus Cortes la falta de una fuerza protectora capaz de equilibrar al poder real, y sintieron que la nobleza no enviase mandatarios á la representacion nacional: hasta el tercer estado rindió este homenaje al orden aristocrático, salvaguardia de las naciones. Los procuradores de las ciudades en las Cortes celebradas en Córdoba, en 1570, hicieron en nombre de sus comitentes una peticion notable, en la que pretendian que los ayuntamientos de las ciudades de voto en Cortes estuviesen compuestos en su mayor parte de nobles. El rey comprendió el objeto de su pretension, y temiendo ver espuesta su autoridad á la inspeccion de un orden mas independiente, no accedió á ella. Los ayuntamientos continuaron, pues, formándose parte de la nobleza y parte de la clase media; pero las ciudades, perspicaces en comprender sus intereses, eludieron cuanto pudieron los resultados de la mala voluntad de Felipe, escogiendo con frecuencia los nobles mas importantes de sus ayuntamientos para el encargo de procuradores á Cortes (1).

(1) Sempere, *Cortes de España*,

El celo infatigable de Felipe, que se habia hecho el campeón del catolicismo, le arrastró igualmente á tomar medidas crueles y violentas, análogas á su carácter, y poco en armonía con los preceptos de una religion fundada por un Dios de paz y de caridad: toda clase de medios le parecia buena para ahogar los últimos gérmenes del islamismo, mal estinguidos aun. Los restos del pueblo morisco, que se habian refugiado á las montañas de las Alpujarras, en el interior del reino de Granada, fueron perseguidos allí á causa de su religion, tolerada hasta entonces: Felipe les prohibió el traje, la lengua y las costumbres orientales. Los moros desplegaron entonces el estandarte verde, en que brillaba la media luna de Mahoma, y al mando de Aben-Humeya, de la tribu de los Abencerrages, y de Ben-Abóo, descendiente de los reyes de Granada, y secundados por sus correligionarios venidos de Africa, cometieron muchas crueldades en Andalucía; pero la represion no se hizo esperar. En el curso de este mismo año de 1570, Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V (1), fué encargado por el rey su hermano de sofocar la rebelion. La derrota de los rebeldes fué el preludio de su futura gloria, y mas compasivo que su soberano, les concedió

(1) Este emperador, despues de la muerte de su muger Isabel de Portugal, se habia enamorado en Alemania de la bella Bárbara de Blomberg, y tenido de ella á don Juan que nació en Ratisbona el año de 1547. Algunos autores, como Strada y Brantome, han opinado que Bárbara, que en efecto fué querida de Carlos V, no habia hecho mas que servir de capa á una alta princesa, de quien el emperador tuvo este hijo. Sea como quiera, lo cierto es que don Juan de Austria murió persuadido de que Bárbara de Blomberg era su madre, é ignoró su nacimiento hasta la edad de catorce años. Este secreto le fué revelado en 1561 por su hermano Felipe II, obedeciendo la última voluntad del emperador su padre.

una amnistia, en virtud de la cual sus familias, que no podian en adelante reunirse en tribus, se diseminaron por toda la España, empleándose en diversas manufacturas (1).

No era este el primer triunfo que las armas de Felipe obtenian sobre los sectarios de Mahoma: cinco años antes (setiembre de 1565), su general don Alvaro de Sandez habia obligado a levantar el sitio de Malta á los ejércitos del sultan Soliman, el cual, despues de tres meses de bloqueo, desesperaba de hacer capitular al célebre gran maestro Juan de la Valette y á sus intrépidos caballeros (2). Este hecho de armas y las nuevas victorias obtenidas contra la media luna en Andalucía, merecieron mas que todas las demas los elogios del papa Pio V, quien se ocupaba á la sazón en organizar una liga contra los musulmanes, cuyos corsarios asolaban las costas del Mediterraneo. De este modo el pontífice indujo al rey de España á ajustar con él un tratado, el 24 de mayo de 1571, en el que igualmente tomó parte la república de Venecia. El mando de una flota de doscientos cincuenta bageles, montados por cincuenta mil hombres, se confió á don Juan de Austria, á quien se nombró generalísimo, y el dia de la partida, dió el padre santo su bendición al príncipe español, recomendándole que atacase á los enemigos al primer encuentro, y anunciándole la victoria.

El generalísimo no tardó en descubrir la flota otomana, mucho mayor que la de los aliados. Selim II, sucesor de Soliman, habia reunido todos los recursos de su imperio para dar un golpe decisivo al cristianismo, porque intentaba, como en otro tiempo Abderramen, someter á la Europa á la creencia de

(1) Mármol.—Herrera.

(2) Abbé de Vertot, *Hist. de Malte*.

Mahoma. El capitán pachá, Ali, el más temible de los generales de la Puerta, mandaba esta inmensa armada, y marchaba confiado al encuentro de las fuerzas cristianas. A principios de octubre de este año se avistaron ambos pabellones en las aguas del golfo de Lepanto, y el 7 por la mañana el intrépido don Juan, aunque tenia á su frente doscientas ochenta velas, siguiendo sus inclinaciones guerreras, dió la señal de ataque. El combate fué tenaz, encarnizado como el de dos pueblos que luchan por sus creencias; pero al fin se introdujo el desorden en la flota turca, y entonces para terminar de una manera épica tan gran combate, se dirigió don Juan contra el navio almirante enemigo. El capitán pachá, cuyo valor no era menor que el del generalísimo cristiano, aguardó el choque con audacia. Ambos querian triunfar ó morir, y el combate al abordage fué terrible; pero la muerte del almirante otomano aseguró la victoria á los cristianos, quienes se apoderaron como vencedores de todos los navios que habian escapado de aquel terrible desastre. Este triunfo acabó de aumentar la fama del hijo natural de Carlos V (1). Los cristianos del litoral del Adriático quisieron nombrarle rey; pero Felipe tenia necesidad de sus talentos para reducir las Provincias Unidas, cuya insubordinacion habia hecho grandes progresos desde que el duque de Alba volvió á España á causa de su quebrantada salud (2).

El comendador mayor de Castilla, don Luis de Requesens, fué en un principio á tomar el mando de

(1) En reconocimiento del servicio hecho á la cristianidad por la batalla de Lepanto, la Santa Sede redujo el ayuno en España al miércoles y viernes de la Semana Santa, mediante una limosna indicada en la bula del papa.

(2) Vander Hammer.

las tropas de los Países Bajos (1573); pero era mas propio para hacer la felicidad de vasallos sumisos, que para extinguir el fuego de la insurreccion. Tuvo muchos encuentros de inciertos resultados, que aprovecharon mas que á él al partido de la revolucion, la cual gana siempre en que se la combata con lentitud. Habiendo muerto Requesens en 1576, fué reemplazado por don Juan de Austria, quien prosiguió con ardor la idea de un arreglo que su predecesor habia preparado con los confederados. Esta medida pacifica, tan loable en un príncipe jóven y de natural belicoso, le atrajo muchos partidarios, y el 7 de abril de 1577 firmó en nombre de Felipe II los artículos del convenio de Gante, conocido bajo el título de Edicto perpetuo; pero la ambicion del príncipe de Orange vino á trastornar sus proyectos de pacificación. Guillermo de Nassau, que meditaba el establecimiento de un reino independiente, reuniendo los dos estados de Zelanda y de Holanda, de la cual era ya stathouder ó magistrado supremo, apareció de repente á la cabeza de sus partidarios, y aproximándose á Bruselas estuvo á punto de apoderarse del demasiado confiado don Juan, que habia creído poder licenciar sus tropas. Pero el vencedor de Lepanto hizo muy pronto pagar bien cara su temeridad al taciturno Guillermo, pues llamando á toda prisa á las tropas españolas reunidas bajo las órdenes de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, descendiente como él del emperador Carlos V, y tambien uno de los mejores capitanes de su época (1), atacó al ejército de los confederados, que se habian hecho mas temibles, merced al socorro de gente y dinero que

(1) Hijo de Octavio Farnesio, archiduque de Parma y de Plasencia, y de Margarita, hija natural de Carlos V, y gobernadora de los Países Bajos. Esta casa de Farnesio, origina-

les habia suministrado la reina Isabel de Inglaterra, enemiga implacable de Felipe II (1). La victoria de Gemblours, ganada el 31 de enero de 1578, en la que solo perdieron doscientos hombres los españoles, fué fatal á los flamencos, y facilitó á don Juan la sorpresa de Lovaina, de Nivelles y de otras muchas plazas.

Felipe dirigia siempre desde el interior de su palacio la marcha de sus generales, y aprovechándose de sus triunfos, acababa por tenerles envidia y aborrecerles cuando su gloria se hacia muy grande. Su propio hermano le habia hecho demasiados servicios para no inspirarle recelos, y así le mandó volver á España: quizás el ambicioso don Juan motivaba su llamamiento, aspirando á la soberanía de los Países Bajos (2); pero de cualquier modo que fuese, esta medida del rey le contrarió vivamente, y encargó á su secretario Escobedo, á quien habia dejado en España al servicio de la casa de Eboli, que obtuviese del rey la prolongacion de su mando en Flandes. La noticia, que no tardó en saber, de que su antiguo servidor habia sido asesinado en las calles de Madrid por una mano desconocida, que otras circunstancias

ria de Alemania, y mas probablemente de Toscana, del castillo de Farneta, cerca de Orvietto, debió su principal grandeza y su soberanía ducal á Alejandro Farnesio, electo papa, bajo el nombre de Paulo III, en 1534.

(1) A pesar de esto, Felipe II habia conservado la vida á esta princesa, cuando la reina Maria de Inglaterra la hizo condenar á muerte. Hasta se ha dicho que hallándose despues viudo Felipe, propuso á la reina Isabel casarse con ella. (Cabrera.—Mem. de Nevers, etc.)

(2) Strada refiere que don Juan se habia hecho sospechoso á Felipe por la destreza del príncipe de Orangé, y que estos celos, suscitados con gran habilidad, secundaron grandemente los esfuerzos de los holandeses.

nos harán descubrir despues, era poco á propósito para apresurar la vuelta de don Juan, y no es fácil preveer los resultados que habria tenido su tardanza en obedecer las órdenes de Felipe, si una fiebre violenta no le hubiese arrebatado á la edad de treinta años. La desagradable coincidencia de este suceso con la mala inteligencia de los dos hermanos, comparados entonces el uno á Tiberio y el otro á Germánico, ha hecho que se atribuya esta muerte al veneno; pero la historia imparcial no ha recogido prueba alguna en apoyo de esta asercion (1).

El príncipe de Parma tomó entonces el mando de las fuerzas españolas, y aprovechándose de la esperiencia que le habia dado la conducta de sus dos antecesores, don Luis de Requesens y don Juan de Austria, se mostró tan hábil diplomático como buen general. Aterró desde luego á sus adversarios con el sitio é importante toma de Maestricht, en el mes de mayo de 1579, y provocó la celebracion de un congreso solemne en Colonia, al que asistieron con los enviados de las Provincias Unidas, los del rey de España, del emperador, del papa y de los príncipes alemanes, que se separaron sin lograr entenderse. Sin embargo, viendo el príncipe de Orange que las provincias meridionales de la Bélgica, casi todas católicas, parecian cansadas de la guerra y se inclinaban á prestar obediencia á España, se habia decidido á formar una liga compuesta únicamente de los estados protestantes, esencialmente hostiles á la corte de Madrid. Ya el 23 de enero de 1579 se habia firmado en Utrecht un pacto de union entre las provincias de Holanda, Zelanda, Gueldre, Zutphen, Utrech, de Frisa y de Groeninga, que se proclamaron independientes y tomaron el nombre de Provin-

(1) Strada, de Bell. Belg.—Cabrera.

cias Unidas. Cuando Felipe II supo que estas ricas comarcas se habian separado de su imperio, dió rienda suelta á su carácter vengativo y atrabiliario, proscribió á Guillermo de Nassau, y puso á precio su cabeza. A estos actos, dictados por la cólera, respondió el príncipe de Orange con un manifiesto terrible en el que despues de hacer la apologia de su conducta, acusaba sin pruebas á Felipe de la muerte de su hijo don Carlos y de la reina Isabel (1).

Mientras que el rey de España perdía de esta suerte una preciosa parte de sus posesiones en el Norte, la feliz estrella de su casa le indemnizaba ampliamente añadiendo al trofeo de sus grandezas el cetro de Portugal, al que se hallaban sometidas tantas ricas posesiones en Africa, en el Asia meridional y en la India, donde las predicaciones de San Francisco Javier habian contribuido mas que las armas á afirmar la dominacion de los portugueses. A la muerte del cardenal Enrique, que habia sucedido en edad avanzada á su nieto don Sebastian (2) sobre el trono de Portugal, Felipe II reclamó la corona como nieto por su madre Isabel, del rey Manuel el Grande, padre del cardenal Enrique. Hallabase con otros competidores, de los cuales el mas temible era Antonio, prior de Ocrato, hijo natural del duque de Beja, hermano mayor del difunto cardenal-rey; y aun

(1) Documento curioso, impreso en Amberes en 1581, en 4.º (Schoel, tomo 48, pág. 19.)

(2) Este rey, hijo póstumo de Juan de Portugal y de Juana, hija segunda del emperador Carlos V, pereció en Africa á la edad de 28 años, en la batalla de Alcacer, dada contra los marroquies el 4 de agosto de 1578. Aunque su cuerpo fué enterrado en el monasterio de Belen, cerca de Lisboa, su muerte sobre unas playas lejanas no fué creida por muchos. Algunos impostores quisieron hacerse pasar por el rey difunto, y todos perecieron miserablemente.

cuando éste tenía en su contra la ilegitimidad de su nacimiento, fué á pesar de todo proclamado rey por la nobleza y el pueblo el 24 de junio de 1580. Pero su soberanía debía ser de corta duracion; porque aun cuando poseia mas que Felipe el afecto de los portugueses, ni tenía oro ni tropas, ni un general como el duque de Alba para asegurar el triunfo de su causa.

Hacia algun tiempo que el anciano Alvarez de Toledo estaba en desgracia cerca del rey, que le envidiaba su influencia en el ejército. La necesidad obligó á Felipe á recurrir nuevamente á este hábil general, y olvidando las fatigas de sus largas campañas y la ingratitude de su soberano, consagró á su servicio los pocos dias de vida que le quedaban, y entró en Portugal á la cabeza de un cuerpo de ejército considerable. Tres semanas despues la victoria de Alcántara acabó de someterle el pais. Cuando Felipe supo la derrota del prior de Ocrato (1) puso á precio su cabeza, y entró en negociaciones con sus competidores, mediante crecidas retribuciones de oro. Juan de Portugal, duque de Braganza (2) que habia casado con Catalina, hija del principe Eduardo, hermano mayor del difunto cardenal-rey, era el mas temible, pero abandonó las pretensiones de su muger por la suma de 1.700.000 ducados y el empleo de condestable de Portugal, con la condicion de que fuese hereditario en su familia: despues le confirió Felipe la orden del Toison de oro. El monarca español pasó al instante á sus nuevos estados, y en el

(1) Este principe, despues de grandes vicisitudes logró entrar en Francia, y murió en París el 25 de agosto de 1595.

(2) Quinto descendiente en linea recta de Alfonso de Portugal, duque de Braganza, hijo natural de Juan I de Portugal, gran maestre de Avis, electo rey de Portugal en 1385.

mes de agosto de 1581 fué reconocido rey por las Cortes reunidas en Tomar, ante las cuales hizo juramento de mantener las leyes é inmunidades de los portugueses, en cambio del de fidelidad que estos le prestaron.

No era menos feliz el éxito de sus armas en los Países Bajos. Alejandro Farnesio habia reducido á la obediencia los estados belgas, pero los proyectos de este general fracasaron contra la resistencia de las siete provincias unidas, hábilmente defendidas por Guillermo el Taciturno. Un odioso asesino, Baltasar Gerard, natural del Franco-Condado, hirió mortalmente á este principe el 10 de julio de 1584 en la ciudad de Delft (1). De nada sirvió este crimen, atribuido á la política de Felipe II, para la conservacion de su autoridad; por el contrario, exasperadas cada vez mas las Provincias Unidas contra el que ellas llamaban el demonio del Mediodía, se echaron en brazos de la Inglaterra. La reina Isabel envió en su auxilio á su favorito Roberto Dudley, conde de Leicester, á la cabeza de seis mil hombres; pero la incapacidad militar de este magnate, y su orgullo y despotismo le indispusieron con los holandeses, lo cual disminuyó mucho las ventajas que estos pensaban sacar del apoyo de la Gran-Bretaña. No sucedió lo mismo con la armada de Isabel, á las órdenes del célebre sir Francis Drake, que fué muy funesta á Felipe en los mares de América, y particularmente en las costas de España; porque interceptó y saqueó los galeones de las colonias, é incendió los bageles del

(1) El principe de Orange espiró á presencia de su muger la infortunada Luisa de Coligni, hija del almirante, la que habia visto ya perecer de muerte violenta á su padre y á Carlos de Teligni, su primer marido.

rey hasta bajo el fuego de las baterías de Cádiz y de Lisboa.

Felipe, que solo respiraba venganza, concibió el proyecto de llevar á su vez la destruccion á las plazas inglesas. Sus preparativos de invasion fueron inmensos; empleó todos los recursos que le suministraban sus puertos de España, de Portugal, de Nápoles y de Sicilia, y reunió una de las mas formidables flotas que ha existido jamás, á la que llamó la Armada invencible, compuesta de mas de ciento treinta y cinco buques de unas dimensiones colosales, de los cuales iban á bordo ocho mil marineros y diez y nueve mil soldados (1). El marqués de Santa Cruz (2) fué nombrado gran almirante de ella; pero este hábil marino murió, y le reemplazó el duque de Medina-Sidonia, á pesar de sus escasos conocimientos en la táctica naval. Tenia éste orden de hacerse á la vela hácia los Países Bajos, para recibir á bordo al archiduque de Parma con treinta mil hombres destinados á conquistar el reino de Isabel; mas esta princesa habia reunido igualmente todas las fuerzas marítimas de la Inglaterra, y haciendo, como política consuma-

(1) Las naves que componian esta flota, eran de cuatro especies: 1.ª Los buques de guerra ordinarios, formados por el modelo de los de los antiguos pueblos del Norte: 2.ª Las galeras que navegaban con el auxilio de los remos, y llevaban cañones á popa y proa: 3.ª Las galeazas, una tercera parte mas anchas y largas que las galeras, con cañones en ambos costados entre los bancos de los remeros: 4.ª Los galeones de la forma de las naves ordinarias, pero de mucha mayor longitud, con cañones en los costados y formidables baterías á popa y proa. (Strada, lib. 19, año 1588.)

(2) Don Alvaro de Bazán obtuvo por sus servicios del rey Felipe II la ereccion en marquesado de las tierras de Santa Cruz, situadas en Castilla; despues pasó este marquesado por matrimonio á la casa de Pimentel y de Benavides.

da, una cuestion religiosa de la guerra declarada al terrible campeón del catolicismo, inflamó el celo de sus pueblos; recurrió tambien en nombre del culto protestante al apoyo de Jacobo, rey de Escocia, y el hijo de María Stuardo, su infortunada victima, creyó deber secundar sus proyectos, arrastrado por el entusiasmo de sus vasallos, que formaron una asociacion en favor de la fé protestante. Esta asociacion, que mas tarde tomó el nombre de confederacion, debia ser bien fatal al heredero de los tronos de Escocia y de Inglaterra.

Tantos medios de defensa fueron, sin embargo, inútiles, porque las tempestades y los escollos destruyeron la armada, que salida del Tajo el 29 de mayo de 1588, se vió sorprendida por una tempestad no lejos de la Coruña, y obligada á arribar á los puertos de Galicia. Mas el duque de Medina-Sidonia no se intimidó con este mal agüero; aparejó el 12 de junio, y cinglando hácia el canal de la Mancha, fué á surgir cerca de Calais, no sin haber sido molestado por las flotas combinadas de Inglaterra y Holanda. Una nueva tempestad le asaltó en aquellas aguas y dispersó sus naves. Y habiéndose él aventurado en los mares del norte de Escocia para librarse de los cruceros ingleses, encarnizados en su persecucion, se consideró dichoso en poder conducir los restos de su armada á España, donde abordó á fines de setiembre. Felipe mostró una firmeza de carácter extraordinaria al saber la noticia de este desastre. «Duque, dijo á su almirante que se acercaba á él, yo os habia enviado á combatir con los ingleses, y no con las tempestades, cúmplase la voluntad de Dios (1).»

Estos reveses dieron un golpe terrible al poder

(1) Herrera.

marítimo de España, y sirvieron para el encubramiento del de la Inglaterra y la Holanda, cuyas escuadras cruzaron impunemente ambos Océanos, saqueando las naves de Felipe II, é interceptando el comercio con el Nuevo Mundo. Sin embargo, no se debilitó el ardor de este príncipe para combatir el protestantismo; y aunque se vió obligado á aplazar sus proyectos contra la Inglaterra, dirigió todas sus miras políticas hácia la Francia, presa entonces de las guerras de religion, y se hizo protector de la liga. Para realizar tales proyectos necesitaba dinero y tropas, y las guerras de Francia, de Flandes y de Saboya habian agotado sus recursos. Recurrió entonces de nuevo á sus vasallos de Castilla; reunió en 1590 las Córtes de este reino, las espuso sus necesidades, y las dejó en libertad de regular por sí mismas los socorros que podian darle. Las Córtes, agradecidas á este proceder, dice Ferreras, le concedieron seis millones y medio. Además, á petición de Felipe II, consintieron tambien en el establecimiento de un impuesto, del que ni el clero debía esceptuarse, sobre el vino, el aceite, la carne, el vinagre, las velas y otros objetos de consumo (1). En seguida, bajo el

(1) Este impuesto con la alcabala y tercias reales de que ya hemos hecho mencion, formó parte de las rentas del estado, llamadas provinciales, y tomó el nombre de servicio de millones, porque esta concesion se habia hecho por cierto número de millones de ducados. Otorgada al principio por un tiempo limitado, ha sido prorogada despues cada seis años. Este impuesto puede percibirse de dos maneras: ó directamente por los administradores de la hacienda, ó por medio de encabezamientos. Este segundo método ofrece la ventaja de disminuir el número de los empleados del fisco; pero es mas oneroso para el pueblo. La reparticion de la suma porque se han encabezado los ayuntamientos, se hacia arbitra-

pretexto de reprimir los excesos y tiranía de los dependientes del gobierno con los pueblos, se determinó respecto al alistamiento de tropas, que hubiera siempre bajo pie de guerra para seguridad de la España sesenta mil hombres efectivos. En consecuencia hizo publicar Felipe una orden de alistar á todos los que se presentasen voluntariamente, con tal que no tuviesen menos de diez y ocho años, ni pasasen de cuarenta y seis. Estos nuevos milicianos fueron declarados exentos de los cargos municipales, y se les concedió el goce de muchos privilegios é inmunidades. Solamente se exigió de ellos que se hiciesen afiliar en las plazas de que dependian, y que estuviesen siempre prontos á tomar las armas.

El espíritu religioso no hacia inaccesible el corazón de Felipe á otras pasiones tan violentas como la ambicion. En una edad avanzada se le vió entregado á un amor ilegítimo, que le hizo sacrificar á sus celos fieles servidores y la tranquilidad de sus pueblos. Aunque despues de la muerte de Isabel de Francia, su tercera muger, habia casado en 1570 con la archiduquesa Ana, hija del emperador Maximiliano II, se enamoró este mismo año de la bella Ana de Mendoza, muger de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli y su privado. En el número de estos se halla-

riamente por el cuerpo municipal. Este establecia un almacén de abastos, donde estaban obligados los particulares á ir á comprar al por menor los objetos sobre que gravitaba el impuesto. El pueblo, que no podia hacer provisiones como las gentes acomodadas, era el mas molestado, porque se hacian en su casa registros para asegurarse de que nada consumia que no fuese comprado en el abasto; esto era causa de procedimientos costosos que aumentaban en su daño la suma porque se hallaba encabezada la ciudad ó municipalidad de que formaba parte.



ba tambien Antonio Perez (1), jóven y apuesto caballero, dotado ademas de bastante talento para justificar su elevacion al puesto de secretario de Estado. Absorto el príncipe en su amor, dejó adivinar sus sentimientos á su ministro, hablando con él mas de ellos que de sus proyectos políticos. La princesa que sabia sacar ventajas de su favor, para mezclarse en los negocios del estado, asistia frecuentemente á las conferencias del rey y de Antonio Perez, y aun tenia entrevistas particulares con este último. Por su desgracia era mas sensible que ambiciosa, y no pudo ser indiferente á las seductoras calidades del ministro, quien de confidente, se hizo bien pronto rival de su señor. Los dos amantes supieron ocultar largo tiempo su amor al receloso Felipe; pero Escobedo, el caballero que del servicio de don Juan de Austria, habia pasado al de la princesa de Eboli, se apercibió fácilmente de las relaciones de Perez con la bella favorita, y no se sabe si con miras loables ó ambiciosas, hizo comprender á Antonio Perez que conocia su secreto. El ministro, temiendo hallar en este confidente un delator, pintó al rey á Escobedo como hombre peligroso, que podia abrigar proyectos culpables en favor de don Juan de Austria, y obtuvo de Felipe ser acusador y juez de este infeliz. Pocos dias despues, como hemos visto, fué herido mortalmente y sucumbió.

Este crimen inútil no impidió que algunos años despues descubriese el rey las relaciones de su secretario con la princesa de Eboli. Fácil es comprender la suerte que les reservaria un príncipe tan vengativo: dió orden de arrestar á su infiel querida y á su ingrato favorito, y ambos fueron encerrados en una

(1) Hijo natural de Gonzalo Perez, secretario de Estado de Carlos V, y de Felipe II.

estrecha prision. Instruyóse una sumaria contra Antonio Perez, quien no debia esperar mas compasion que la que él habia tenido de la prision, pero el 8 de abril de 1590 logró evadirse de la prision, y se refugió en Aragon para ponerse bajo la proteccion del Justicia mayor, al que los privilegios de este reino daban el derecho de revisar su proceso y obtener reparacion de un agravio ó ultrage de cualquier jurisdiccion que fuese. Mas estas instituciones no podian servir de obstáculo para un rey que, tanto en Castilla como en los demas reinos, las habia desconocido. En su consecuencia mandó al marqués de Almenara que arrebatase á viva fuerza á Antonio Perez del asilo protector en que esperaba la sentencia del Justicia. Los aragoneses clamaron contra la violacion de sus privilegios, y el virey despreciando sus quejas hizo ejecutar las nuevas órdenes de Felipe, que prevenian terminantemente á la inquisicion de Aragon que avocase á su tribunal el conocimiento de este asunto. Perez compareció, pues, á él, y se le hicieron cargos de haber dirigido al pueblo á su llegada á Zaragoza discursos poco ortodoxos, de haber dado en su correspondencia oficial el título de rey de Francia á Enrique IV, no reconocido aun por la corte de Roma, y de haber, en fin, conservado relaciones con hereges, entre otros, con la princesa Catalina de Borbon.

Don Juan de Lanuza, Justicia mayor del reino, enarboló entonces el estandarte de San Jorge, patron de Aragon, ese *palladium* que solo se desplegaba en las grandes ocasiones cuando peligraban los fueros, y recorrió las calles de Zaragoza á la voz de: «¡Contra fuero! ¡contra fuero!» grito, que, segun nota el historiador contemporáneo Herrera, hacia levantar hasta las piedras. A esta voz todos los miembros del ayuntamiento, nobles y plebeyos, llamaron á las armas al

pueblo; los caballeros, reunidos bajo las órdenes del duque de Villa-Hermosa y del conde de Aranda, dispersaron á los guardias del Santo Oficio y del vírey, el cual fué herido mortalmente en la acción, y en seguida condujeron en triunfo á su habitacion á Antonio Perez, que no creyéndose seguro en Zaragoza, partió secretamente á Francia (1).

Informado Felipe de estos sucesos, tomó pretexto de ellos para derrocar los fueros de Aragon, como habia hecho ya en Castilla, y envió á toda prisa contra Zaragoza tropas á las órdenes de don Alfonso de Vargas, á quien invistió de poderes ilimitados. El ejecutor de la venganza real obró con tal diligencia, que la ciudad no tuvo tiempo de hacer preparativos de defensa. Entró en ella despues de una corta resistencia, y al momento empezaron las ejecuciones. La de don Juan de Lanuza (2) fué la primera, y se verificó sin forma de proceso: el cargo de Justicia de que estaba revestido, se abolió. El duque de Villa-Hermosa, el conde de Aranda, y muchos nobles y ciudadanos, dignos herederos de los generosos sentimientos de sus antepasados, fueron encerrados en las prisiones de Zaragoza y de Madrid, de las que no salieron hasta octubre de 1592 para subir á la hoguera fatal. Desde este momento la autoridad de la corona

(1) Murió el 3 de noviembre de 1611 en París, donde se habia fijado á causa de la buena acogida que le hizo Enrique IV, de quien recibió una pension.

(2) Don Juan de Lanuza que habia facilitado la fuga de Antonio Perez, se habia retirado á Epila cuando cayó en poder de las tropas reales. Por orden espresa del rey fué pública y afrentosamente ajusticiado, sin preceder fallo judicial ni formacion de causa, se confiscaron sus bienes, y se arrasó la casa en que habitaba. Tenia á la sazón veinte y seis años, y en su sangre se ahogaron las libertades de su país.

(Nota del Traductor.)

estendió en Aragon sus limites tan ámpliamente como en Castilla (1).

Pero si el rey de España aplaudia las tristes ventajas obtenidas sobre sus vasallos de la Península, veia en cambio disminuirse su poder, objeto constante de su política ambiciosa, en las lejanas provincias de los Países Bajos, y particularmente despues de la muerte de Alejandro Farnesio, acaecida en el mes de diciembre del mismo año de 1592, á la edad de cuarenta y siete años. El archiduque Ernesto, y despues el conde de Fuentes, que sucedieron á este gran capitán, no pudieron conservar los estados belgas bajo la dominacion española, y tuvieron que abandonar la república de las Provincias Báltavas á su destino independiente, que protegian las armas gloriosas de Mauricio de Nassau, hijo del Taciturno. Habiendo subido hácia este mismo tiempo Enrique IV al trono de sus padres, concluyó con la Inglaterra y la Holanda el 31 de noviembre de 1596, una alianza ofensiva y defensiva, que acabó de colocar la nueva república báltava en el rango de las potencias europeas. La España sufrió grandes reveses de resultas de esta liga, y la reconquista de Amiens en 1597 por Hernan Tello Portocarrero, solo fué una débil compensacion de ellos. Felipe no se hallaba ya en estado de reparar sus pérdidas: á consecuencia de las largas guerras que habia sostenido, esperimentó la necesidad de adoptar medidas de paz y de conciliacion tan opuestas antes á su carácter. Su quebrantada salud apenas le permitia soportar con trabajo el peso de los años y viendo aproximarse su fin, consintió en entablar negociaciones con Enrique IV, cuyo resulta-

(1) *Relacion histórica de los movimientos de Aragon en los años 1594 y 1592*, por Antonio Herrera, historiógrafo del rey Felipe II.—Bartolomé de Argensola, etc.

tado fué que el 2 de mayo de 1598 se firmó un tratado en Vervins, por el cual el rey de España, en cambio de Calais y otras ciudades que habia sorprendido en la última guerra, obtuvo la cesion del Charolais y la restitucion de muchas ciudades flamencas que habia perdido.

Pocos dias despues, reconociendo Felipe la dificultad que á su edad presentaba el sosten de su autoridad en los estados del Norte, tan distantes de su residencia, y queriendo asegurar á su familia la posesion de ellos, cedió solemnemente en dote los Países Bajos, el Franco-Condado y el Charolais á su hija Isabel Clara Eugenia (1), que se iba á casar con su primo el archiduque Alberto, hermano del emperador Rodolfo, bajo condicion de que los hijos que naciesen de esta union, no podrian contraer matrimonio sin el consentimiento del rey de España, y que á falta de posteridad volverian estos países á la dominacion española, como sucedió durante el reinado de Felipe IV. Este fué el último acto del gobierno de Felipe II.

Desde entonces este principe atacado de una fiebre ardiente y de los dolores de gota, que sufría con gran paciencia, desengañado por la edad y una cruel experiencia de las cosas mundanas, solo se ocupó de sus deberes de cristiano. Siguiendo el ejemplo de su padre Carlos V, ordenó él mismo sus funerales, é hizo colocar el féretro á su vista. En seguida mandó llamar á su hijo Felipe, que á la sazón tenia veinte años, habido de su cuarta muger la archiduquesa Ana de Austria, y le dijo: «Nunca te confies á favoritos para gobernar tus estados. El verdadero interés de un rey es siempre la felicidad de sus pueblos, y el

(1) Esta princesa habia nacido en 1566 del tercer matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia.

de los favoritos su adelanto personal: asi son tan peligrosos al soberano como á los vasallos.»

Felipe II espiró en el Escorial el 13 de setiembre de 1598, á la edad de setenta y dos años, y cuarenta y tres de su reinado. Las opiniones de sus contemporáneos se dividieron respecto á él segun sus tendencias religiosas. La imparcialidad que hemos empleado en la investigacion y esposicion de los hechos de esta historia, tal vez hará formar al lector un juicio mas recto y verdadero de este principe (1).

(1) Juzgado tan pasionadamente por sus adeptos, como calumniado por sus enemigos el rey don Felipe II, la historia imparcial no puede menos de reconocer en él una laboriosidad suma para el despacho de los negocios, vasto talento político, esforzado ánimo aun en medio de sus muchos infortunios, gran prudencia, justicia severa, mucha piedad y celo religioso, conocimientos bastante estensos, y liberalidad régia en proteger las artes y las ciencias.

Las fundaciones del Escorial, el archivo de Simancas, la universidad y colegios de Douay en Flandes, las escuelas de Lovayna, é infinidad de otras obras de pública utilidad, denuncian su generosidad y desprendimiento. La conquista de las islas Filipinas, que de él tomaron su nombre, aun cuando fueron descubiertas al fin del reinado de su padre, y la de Portugal, dieron lustre á su reinado é importancia á su política, que hicieron brillar tambien los altos hechos de don Juan de Austria, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz y Alejandro Farnesio; los escritos del inmortal Cervantes, Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon, Mariana, y las obras de Herrera.

Pero deprimen al par su nombre la persecucion de Antonio Perez, las sangrientas ejecuciones de Aragon, Portugal y Flandes, y las inculpaciones acerca de la suerte que cupo á su hermano don Juan de Austria, á su hijo don Carlos y á don Juan de Escobedo, siquiera estén desprovistas de pruebas.

Alojado en una pobre celda los últimos momentos de su vida, y cercado de privaciones, su corazon se abrió á la pie-